



FERNANDO SUÁREZ

"Un sueño de la razón", de Cipriano de Rivas Cherif, en Segovia

REESTRENO HISTÓRICO

La compañía Ay, Ay, Ay, dirigida por Maite Hernangómez, ha recuperado un texto fundamental del teatro español contemporáneo, secuestrado en 1940 por la Gestapo y la policía franquista.

Juan Aguilera Sastre

Difícilmente podría imaginar quien esto escribe, al elaborar un cuaderno monográfico sobre la figura de Cipriano de Rivas Cherif para EL PÚBLICO, que apenas un año más tarde iba a tener la oportunidad de presenciar su retorno a los escenarios españoles con el montaje de *Un sueño de la razón*.

Secuestrado su autor en Pyla-sur-Mer y entregado a las autoridades españolas, la obra fue igualmente requisada, junto con los archivos personales de Azaña y Rivas Cherif, en 1940, por la Gestapo y la policía franquista. Casualmente recuperada entre los papeles aparecidos en la Escuela de Policía y en la Dirección General de Seguridad en 1984, se publicó por vez primera en aquel cuaderno, y los días 21 y 22 de diciembre de 1990 la compañía Ay, Ay, Ay, dirigida por Maite Hernangómez, la rescataba definitiva-

mente del sueño del olvido y le infundía nueva vida a la luz de las candilejas del Teatro Juan Bravo, de Segovia.

Aunque escrita probablemente entre 1924 y 1925, Rivas Cherif no se decidió a ponerla en escena hasta el 5 de enero de 1929, dentro de la programación de su grupo experimental El Caracol. Defensor a ultranza de la dignidad artística del teatro, fervoroso e incansable partidario de inyectar savia renovadora a nuestra escena y pionero en el arte de la dirección escénica en España, Rivas Cherif había iniciado su particular andadura teatral con grupos minoritarios en 1920 y su pasión perduró hasta su muerte.

Como tantas otras experiencias a él debidas, El Caracol fue un intento de acoger, desde una concepción ajena a los usos del teatro comercial del momento, un teatro inaccesible, por su calidad y vanguardismo, a los espectadores españoles de aquel tiempo. El nombre respondía a sus propósitos: Compañía Anónima Renovadora del Arte Cómico Organizada Libremente; y el de la sala donde presentaban sus espectáculos, Rex (calle Mayor, 8), cifraba sus expectativas: «Repertorio de Experimentos X = infinito». Al frente de la empresa figuraban, junto a Rivas Cherif, Magda Donato (Carmen Nelken), Salvador Bartolozzi y Eusebio de Gorbea.

El grupo, mantenido por un reducido abono de entusiastas del teatro de calidad, había comenzado su labor el 24 de noviembre de 1928 y había ido estrenando obras de Azorín (*Doctor Death de 3 a 5* y *La arañita en el espejo*), Chéjov (*Un duelo*), Cocteau (*Orfeo*), Valera (*Asclepigenia*), Paulino Masip (*Dúo*), Benavente (*Si creerás tú que es por mi gusto*) y, tras *Un sueño de la razón*, se proyectaba *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* de Lorca, que no llegó a ver la luz por la clausura gubernativa del pequeño grupo a causa, sin duda, de la inaceptable moralidad de sus espectáculos para la dictadura de Primo de Rivera.

Así pues, *Un sueño de la razón* fue el último y escandaloso estreno de El Caracol. Dirigida por su autor, la obra fue interpretada por Natividad Zaro, Gloria Martínez Sierra y el propio Rivas Cherif, con decorados de Bartolozzi. La crítica acogió el atrevido experimento con agrado e hizo hincapié en la acertada sobriedad de los decorados, en la morbosidad estilizada de los diálogos, tiernos, sobrios, irónicos, cáusticos a veces, densos, profundos, y en los aciertos de la puesta en escena y de la interpretación, que apuntaban a la inspiración goyesca de su título.

Como una partitura

Si el estreno de 1929 supuso de hecho el punto final de El Caracol, su reposición el 21 de diciembre último significó la reaparición en nuestros escenarios de la compañía Ay, Ay, Ay, integrada por actores del Taller Municipal de Teatro de Segovia y dirigida por Maite Hernangómez, que entre 1976 y 1986 había desarrollado una amplia actividad teatral. El montaje contó con el patrocinio de la Junta de Castilla y León y de la Diputación Provincial de Segovia.

La obra plantea, en perfecta dinámica de ideas, sentimientos y pasiones, la descarada vivencia de sus tres personajes, dos mujeres (Livia y Blanca), unidas sentimentalmente, y un hombre (el príncipe Maxim), llamado a irrumpir en sus vidas como simple objeto para consumir la sinrazón de un hijo que proyecte hacia el futuro ese amor homosexual conscientemente asumido, un monstruo que sólo puede soñar la razón.

Rivas Cherif presenta su obra como "Drama único en forma de trío, sobre un tema de Goya. Primera parte de una trilogía satírica", libre de acotaciones, en diálogo ininterrumpido estructurado a modo de concierto. Ante este reto, la directora del espec-



FERNANDO SUÁREZ

Los actores —Ana Díez, Paloma Hernández y Carlos H. Camacho— asumen la artificiosidad de una obra insólita en su tiempo, escabrosa por lo que cuenta y deslumbrante por cómo lo hace.

táculo resaltaba las claves de su labor en el programa de mano de la función: "Uno de los elementos que más ha orientado el trabajo ha sido una decidida voluntad de respetar el marco musical de la obra, que es la única indicación que Rivas Cherif hace al texto al comenzar las escenas. En nuestros ensayos hemos tratado el texto como una partitura, en un proceso que nosotros hemos denominado meditación con la palabra".

El espectáculo montado por Maite Hernangómez respondió cabalmente a estas dos propuestas de trabajo: una puesta en escena impecable que cuidó con mimo hasta el último detalle, armonizando palabra, gesto, música, decorado y luces en un conjunto sin estridencias; y un desarrollo muy adecuado al *tempo* de la obra, tan difícil en la densidad de su diálogo.

A ello contribuyó decisivamente la concepción de un escenario sobrio, casi desnudo, como los personajes —obra de Malgorzata Zak—, presidido por oblicuas mampa-

ras convergentes hacia un mundo exterior invisible, pero vívido para el espectador. Y dos elementos escenográficos aprovechados con habilidad en el juego escénico: el caballete de Blanca, a la vez cuadro, espejo y ventana, que se desliza por el escenario al compás del diálogo y funciona como elemento de comunicación y de distancia entre la razón y la pasión de los personajes; y un banco en forma de balancín, que sirve como soporte a la carpeta de dibujos de Blanca, como columpio en que Maxim y Blanca hacen prevalecer sus opiniones según suben o bajan en el libre juego de sus sentimientos, e incluso sugiere al final de la obra la idea de la cuna que acoge al "hijo de los tres".

Un vestuario tan sencillo como sugerente, el perfecto juego de luces y el acierto del apoyo musical, inducen al espectador a la suave seducción del espectáculo.

Los actores —Ana Díez, Paloma Hernández y Carlos H. Camacho— asumen con la artificiosidad necesaria la intensidad del diálogo. Su impecable dicción procura al espectador una participación directa en la obra, que le transporta a una irrealidad espacio-temporal de la que no puede escapar. Los personajes se muestran a la vez deshumanizados y apasionados, con gran dominio de sus registros, como arquetipos cada vez más cercanos, sacados de las simas del no ser queriendo ser. □